

RAMON DE LA SIERRA.



ANGELINA.

I

LOS DOS AMIGOS.

En una noche de Agosto de 18... se hallaba en un cuarto, decentemente amueblado, un joven como de veinte años; su fisonomía era dulce y expresiva, su cuerpo alto y bien formado, y estaba vestido elegantemente. Se paseaba á lo largo de su habitación y con frecuencia se asomaba á una ventana que daba al patio, y otros ratos permanecía absorto con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Repentinamente salió de su estupor, sus ojos brillaron, y con un acento de alegría, dijo: ya llegó. Tomó su sombrero, y se disponía á salir, cuando entró otro joven, vestido también con la mayor elegancia.

—Mucho has tardado, Manuel; hace una hora que te espero, salgamos.

—Ten paciencia, replicó el recién llegado, dentro de una hora saldremos.

—¡Cómo! Son las ocho dadas.

—Por lo mismo te repito que es muy temprano; á un baile de etiqueta se entra á las nueve, y no antes.

—¿Conque es preciso aguardar más tiempo, Manuel?

—Seguramente; pero platicaremos entre tanto.

Los dos interlocutores tomaron asiento junto á una mesa.

—Querido Manuel, esta noche me has hecho un favor que no olvidaré en mi vida.

—Me alegro de serte útil, pero deja eso, hablemos de tu frac, que por cierto está muy bien hecho.

—¿Conque no quieres, Manuel, que te manifieste mi agradecimiento? ¿Unes la modestia á la generosidad?

—Estás hoy más charlatán que nunca; ya se ve... estás ensayando arenga.

—¿Ensayando? No, Manuel, no necesito ensayar, porque ese recurso sólo lo adoptan los que tienen que suplir con la elegancia de las palabras la frialdad de su alma; yo no, amigo mío, esta noche, esta noche que me llevas á la casa de la joven, á quien he amado en silencio hace dos años, le re-

velaré el secreto de mi corazón, pero de buena fe, sin recurrir al artificio. ¡Ah! Manuel, á proporción que la hora se acerca arde mi frente y mi cabeza se pierde. ¿Qué no sabes lo que es amar, y amar de veras, con todo el corazón, con toda el alma, pero sin esperanza alguna? ¿No sabes lo que es el primer amor? ¿Ignoras que deja raíces profundas en el corazón, y heridas que jamás se cicatrizan?

—Por mi fortuna ó mi desgracia, harto he conocido lo que es el primer amor.

—¿Por tu fortuna ó tu desgracia?... No te entiendo.

—Me explicaré; no sé si habrá sido mayor la desgracia de haber amado, ó la fortuna de haber adquirido experiencia en la misma escuela de la adversidad.

—¿Luego fuiste desgraciado?

—Tú decidirás cuando sepas que amé á una joven con esa misma exaltación con que tú amas á Isabel; ella correspondió mi amor, y cuando más acaloradamente me juraba su constancia... admitió las ofertas de otro amante, y al mes de relaciones con él celebró su casamiento.

—¡Santo Dios! dijo el amante de Isabel levantándose de la silla, y teniendo los ojos encendidos. ¿Es posible?

—Tú juzgarás si fué fortuna ó desgracia.

—Manuel, no eras merecedor de tanta

perfidia; te compadezco, amigo mío, porque habrá sufrido mucho tu corazón.

—Sí, en aquellos días padeci... como tú considerarás; mas ahora me encuentro libre, con algunas proporciones, y busco goces más sólidos y durables que los halagos de una mujer. La sociedad me es pesada en sus fórmulas, aunque me he separado de ella por no caer en otro escollo; hacerme selvático, pero jamás mujer alguna ha vuelto á oír de mis labios una palabra amorosa; las trato con afabilidad y política, mas mis placeres están en la soledad, los libros y la música. Cultivo la amistad de uno que otro, que, como tú, me parece buen amigo; y en la pequeña esfera que yo mismo me he trazado, encuentro alguna paz como no se halla en el bullicio del mundo. Si esta noche concurro á un baile, es porque no he podido negarme á las repetidas instancias de D. Antonio, y más que todo, porque acostumbrado á complacer á mis amigos, he querido contemporizar con tu deseo de presentarte esta noche en casa de Isabel.

—¡Oh, Manuel! á cada paso me muestras más tu nobleza.

—No hay nobleza, amigo mío.

—Con este título me envanezco, Manuel querido.

—Apostaría á que te soy esta noche más amable que nunca.

—¿Me juzgas tan egoísta?

—Pero vamos, ¿qué haces esta noche?

—¿Qué hago? Lo que hace un enamorado.

—Locuras.

—Así las llamarás.

—Pero hay una cosa: si Isabelita tiene amantes, como es de presumirse, por su dinero y demás cualidades, ¿te lisonjeas de ser el preferido?

—No me hables de eso, Manuel, porque me afliges con una duda más cruel que el mal mismo.

—Pero ello es preciso que suceda.

—Lo entiendo; mas al menos sabrá que la he amado, y que á ella he consagrado mi corazón, mi existencia y mi reposo. Si soy digno de su amor, seré el más feliz de los hombres y, si al contrario... entonces... Mas no hablemos de eso, Manuel. Y al decir esto, se dirigió el amante de Isabel á la ventana, llevando la mano á la frente, como queriendo alejar de su imaginación un pensamiento triste. Abrió las vidrieras, y dijo á su amigo: son las ocho y media, me parece que es buena hora, y que no debemos esperar que llueva, pues la noche está muy cerrada. No bien hubo dicho estas palabras, cuando los truenos se oyeron, y la lluvia empezó á caer, así es que con un acento triste dijo á Manuel: ya no iremos al baile.

—¿Por qué?

—Porque está lloviendo muy recio.

—No te des á la pena, amigo mío; los hombres. . . . y las mujeres, no se arredran por el agua para ir á un baile; si se tratara de ir á misa, con sólo una llovizna se encontrarían autorizados para faltar á ella; pero para un baile no hay catarros ni calenturas, sino que todos gozan muy buena salud.

—Y bien, ¿te he de exponer á una enfermedad por salir en medio de estos aguaceros que aumentan su furia por minutos?

—Afortunadamente traje mi paragua.

—No basta.

—Aguárda, vine además en "simón."

—¡Bravo! gritó el amante de Isabel arrojándose en los brazos de su amigo; creo que eres mi amigo fiel, mi hermano, el más excelente de los hombres.

—Si te casares con Isabelita, dijo Manuel sonriendo, no dejes de avisarle que yo cooperé á tu dicha.

—Si tal sucede, jamás me olvidaré de mi buen amigo Manuel Estrada, y lo único que amargaría esa dicha sería el carecer de tu presencia.

Algún tiempo después subían ambos amigos en un coche para dirigirse al baile que daba D. Antonio Pérez.

II

EL TOCADOR DE ISABEL.

La pieza destinada al tocador de Isabel era un cuarto pequeño, pero frisado con gusto. Contenía una mesa de caoba, sobre la que descansaba un gran espejo, y á los lados de éste se veían varios frascos de esencias, pomadas, listones y orquillas; en un rincón, un aguamanil también de caoba, con su pichel y lebrillo de porcelana fina y una tasita con jabones de olor. Había un ropero embutido, ó alacena, donde estaban colgados muchos vestidos lujosos, como saldos de casa de M. Virginia.

Un sofá azul de damasco completaba los muebles del sencillo tocador de Isabel; sobre la mesa se hallaban dos velas de esperma, cuya luz era suficiente para tan reducida pieza. Isabel era una joven de veinte años, aunque representaba menos edad: su estatura era regular, no era grande ni deslumbradora su belleza, pero el conjunto de sus facciones tenía cierto aire de gracia y amabilidad que la hacía parecer más hermosa. Llevaba un vestido blanco de seda, y el peto, abierto por enmedio, estaba asegurado por unos cordones, también de seda, que pasaban entretejidos de uno á otro

lado. La joven que acompañaba á Isabel, y que llamaremos Angelina, rayaría en los dieciocho años. Era sí verdaderamente hermosa, y realzaba su belleza un aire apacible dedulzura con cierto tinte de melancolía, que hacía creer que su imaginación era viva y exaltada; sus grandes ojos garzos eran el espejo de su alma; su boca era pequeña, su nariz bien formada; su cútis, de un color rosado, era tan terso, diáfano y delicado, que se podían contar sus arterias. Una apacible languidez había en el semblante de Angelina; su sonrisa era melancólica, y su mirar tan dulce que sería imposible verla sin amarla. Angelina, en fin, era el positivo de ese bebllo ideal que se forjan los jóvenes y que sin existir adoran. Dotada Angelina de un talento muy claro y de una sensibilidad rara, no tenía más defecto que su misma sensibilidad. Se había formado un carácter tétrico, y casi siempre estaba envuelta en una triste melancolía. No era Angelina de esas jóvenes fátuas que afectan un aire de sensibilidad que no conocen, sentimentales por moda, y que después de haber leído una novela, como la Extranjera, ensayan á sus solas las posiciones más exageradas de la heroína, su modelo, y aman por capricho, sin consultar su corazón. Lo repetimos: Angelina distaba de esas extravagancias, y su melancolía era genial, porque estaba dotada de una alma ardiente, y

sus emociones eran fuertes, poderosas, que no se pueden describir, porque se debilitaría su influjo. Para terminar el retrato de Angelina diremos, que iba vestida como Isabel; porque siendo amigas desde su infancia habían pactado vestirse iguales, sobre todo en las grandes solemnidades; y esa noche se daba un baile en la casa de Isabel.

Sólo en una cosa se distinguían, en el peinado; Angelina llevaba su hermoso cabello rizado sobre las espaldas. Cuando las dos jóvenes acabaron de arreglar sus trajes, tomaron asiento sobre el sofá, y tomando Angelina las manos de Isabel, se reclinó en su hombro.

—Te veo triste, Angelina, dijo Isabel, y apostaría á que el aguacero es quien causa tu tristeza.

—Ya sabes Isabel que siempre estoy triste, y el aguacero no podía aumentar mi estado habitual.

—Nada más claro: el aguacero impide la concurrencia; sin concurrencia no hay baile, y sin baile ya entiendes.

—Precisamente nada comprendo, dijo Angelina.

—¿Nada comprendes? Pues y D. Ricardo Martínez?

Angelina sonrió amargamente, y con un acento triste dijo á Isabel: D. Ricardo Martínez nada tiene que hacer esta noche.

—¿Cómo? ¿No te he dicho que esta noche viene con.....

—Nada me has dicho, interrumpió Angelina.

—En verdad que soy muy distraída; toda la tarde he querido decírtelo, y se me ha olvidado. Pues has de estar, en que al medio día vino D. Manuel Estrada á un negocio con papá, y al salir, que estaba yo en la asistencia, me dijo: Isabelita, su papá de vd. me ha convidado para esta noche, y yo quiero traer á un amigo que toca el piano. Yo le pregunté quién era su amigo, y después de mil preámbulos me dijo, como al disimulo: es D. Ricardo Martínez.

—¿Eso te dijo? preguntó Angelina.

—Lo que oyes.

—Luego entonces, repuso Angelina suspirando, Ricardo te ama.

—¿De qué lo infieres?

—De que su amigo te anunció su venida no sin misterio.

—Podrá ser; pero lo cierto es que yo no le amo, aunque tampoco le aborrezco. Sin embargo, creo que te equivocas en suponer que á mí se dirige y no á tí; porque cuando salimos al balcón siempre vamos juntas, al paseo juntas, y así nos habrá creído hermanas tal vez.

—Isabel, dijo Angelina estrechando la mano de su amiga, ¿quieres que te diga la verdad? Creí por algún tiempo que Ricar-

do.....se dirigía á mí; y como varias ocasiones lo traté en casa de las niñas H... y ví que era joven amable y fino.....lo amé; pero oye, Isabel, llegué á adorarlo con todo mi corazón.....á.....mas hoy he conocido que él no ama á Angelina sino á Isabel, ni puede tenernos por hermanas, su amor es á tí, sus miradas á tí son dirigidas, y esta noche viene por tí. Sé feliz, Isabel, á su lado, si es digno de tu amor, y jamás yo perturbaré tu dicha. Angelina abrazó á Isabel, exhaló un suspiro, y dos lágrimas asomaron á sus ojos.

Isabel era sensible, pero carecía de expresiones; así es que sólo pudo decir con voz conmovida: Angelina mía, yo no amo á Ricardo, ni lo amaré nunca, yo te lo prometo.

—Pero él te ama y te amará.

—No, Angelina; yo le diré que á tí es á quien debe amar.

—Jamás, jamás, porque no te creería digna de mi aprecio.

Una criada interrumpió el diálogo, diciendo á Isabel que las esperaban en la sala. Isabel y Angelina salieron del tocador, á tiempo que subían la escalera los dos amigos, D. Manuel Estrada y D. Ricardo Martínez.

.....
.....

He aquí un caso nada raro, y que es una

de las pruebas de la infelicidad de la mujer. Angelina amaba á Ricardo con el mayor ardor, mientras éste sólo pensaba en Isabel. ¿Podía Angelina declarar su amor á Ricardo? ¿Lo hubiera recibido bien éste? ¿No habría caído el anatema de la sociedad sobre la infeliz joven, que hubiera arrastrado por toda su vida el baldón y la execración de todas las jentes? Y sin embargo, Angelina amaba con su corazón por que á ella también le comprendía esa "imperiosa necesidad de amar," y no siempre la mujer ama por los ruegos del hombre sino muchas veces antes.

El hombre puede escoger un corazón entre mil que se le presentan: la mujer, si quiere conservar su pudor, está obligada á ocultar sus más sencillas emociones porque una sola mirada significativa la hace perder todo su atractivo en el concepto aun de los mismos que la aman. Y entretanto la mujer se pone en el caso de sostener una lucha desigual entre sus pasiones y el pudor, entre sus deseos, tal vez inocentes, y ese monstruo que llaman sociedad, que tiene cien ojos sobre la mujer y un filoso puñal prevenido para hundirlo en su pecho. ¿Y no tienen la culpa de esto los mismos hombres, que se burlan de la infeliz mujer, poniendo á prueba su natural debilidad, para luego humillarla é insultarla con crueles sarcasmos? Lo repetimos, la mujer es

infeliz, y éste podía ser un motivo para mejorar su condición social y no para elevarla hasta las nubes cuando se le arranca un triunfo y dejarla después rodar en un abismo.

III

EL BAILE.

Parece fuera de nuestro propósito el hacer por menor una descripción de la sala destinada para el baile, y baste decir que estaba suntuosamente adornada, porque todo el orgullo de D. Antonio Pérez consistía en decir frecuentemente á sus amigos: tengo gusto exquisito para comprar muebles.

Eran las nueve de la noche cuando D. Manuel Estrada y D. Ricardo Martínez entraron á la sala, precedidos de Isabel y Angelina; después de algún rato y cuando la concurrencia lo permitió, se dispuso una contradanza. Ricardo tomó á Isabel de la mano, y otro joven se dirigió á Angelina; pero ésta, pretextando que aguardaba á unas señoritas, se quedó en su asiento con la vista fija en las parejas de la contradanza. Había algo de notable en la fisonomía de Angelina; sus mejillas estaban más en-

cendidas que de ordinario, su nariz dilatada, sus ojos brillaban y su pecho latía con violencia. El amor, los celos, la amistad, el pudor. . . . todas las pasiones encontradas luchaban en su corazón; y aquella noche, tan deliciosa para Ricardo, era de agonía para Angelina. Algunos ratos conversaba con las personas que tenía á su lado, y otros seguía buscando con la vista á Isabel y Ricardo, que mezclándose entre caprichosas figuras giraban por el salón al compás de una música armoniosa. Cuando la contradanza acabó, Isabel volvió á sentarse junto á Angelina, y los hombres quedaron en pie junto á la puerta para poder fumar libremente; como era natural, en aquella reunión había viejos de sesena para arriba que habían llevado á sus familias, jóvenes educados y de finos modales, y otros jóvenes, de esos sempiternos veteranos que hacen alarde de su prostitución y cuentan con un detestable cinismo sus lances novelescos, deshonrando con lenguas mordaces á más de una niña que ha tenido la desgracia de bailar con ellos. Comenzó la murmuración, y Ricardo escuchaba atentamente por si se tratara de su amada Isabel. Mas D. Manuel Estrada lo llamó á un lado, y con disimulo le preguntó, cómo le había ido de contradanza; iba á contestar Ricardo, cuando un coro de voces, muy desagradables, gritó: cuadrillas, tiempo ha que no se hace nada,

cuadrillas. Ricardo se apresuró á pedir á Isabel las cuadrillas á la sazón en que ésta y Angelina se dirigían á las piezas interiores. Las seguiremos por un momento para volver después al baile. A Isabel se le había descompuesto el peinado y entró á su tocador. Angelina tomó asiento en el sofá: después de un momento de silencio, dijo Isabel á Angelina:

—¿Por qué no has querido bailar?

—Porque para bailar se necesita tener tranquilo el corazón.

—¿Tan romántica has venido?

—No romántica. . . . sino. . . .

—Explicate, Angelina, porque eres incomprendible.

—¡Isabel! ¿Tan pronto has olvidado lo que te dije hace un momento? ¿No recuerdas que. . . un desengaño cruel me hacia llorar?

—Sí me acuerdo, pero. . . por lo mismo que estás triste deberías buscar tu distracción en el baile.

—¿En el baile? Ya sabes, Isabel, que mi pecho está cerrado al gozo y sólo devorado por la inquietud.

—Pero yo soy tu amiga, y procuraré consolarte.

—¿Consolarme? ¿Y qué podrían hacer tus consuelos? No es decir por esto que los desprecio, no, amiga adorada; pero mira, hay dolores que jamás se cicatrizan, y yo

padezco, Isabel, y sin remedio, sin esperanza.

—Es imposible, dijo Isabel, que no haya consuelo á tus dolores.

—Ojalá fuera cierto. ¿Pero sabes lo que causa mi desventura? Oyelo: una lucha horrible y desigual contigo, con los hombres, con la sociedad entera, porque yo amo á Ricardo y lo amo á mi pesar, con vergüenza. . . . y sin embargo, es un amor puro, un amor bien dirigido. Mas.... ¿qué puedo hacer? ¿Faltaré á la amistad que me profesas?

—Angelina, interrumpió Isabel, estrechando en sus brazos á su amiga, no, no faltas á mi amistad amando á Ricardo, porque yo ni lo amo, y aunque lo adorara, yo sacrificaría mi quietud á tu dicha.

—Generosa amiga, tanta nobleza, al paso que me enajena, me desgarrá más el alma. No eres tú sola el obstáculo á mi amor, lo es también el mismo Ricardo, y lo es la sociedad. Yo no debo amar á Ricardo, la sociedad me lo prohíbe, el pudor me lo veda y el corazón me lo pide; porque francamente.... Isabel querida, yo no puedo vivir sin Ricardo, porque lo adoro con toda mi alma. . . . porque lo amo. . . . como ama una mujer resuelta. . . . sacrificando su reposo, su libertad, su modestia, su vida, sí, porque mi vida daría por Ricardo, y sin embargo. . . . Ricardo ni me mira. . . . y ni

esto puede llegar á sus oídos, pues él mismo me odiaría con esta confesión ó me tendría por loca. ¿No es mejor morir?

—Pero Angelina mía, ¿qué, la felicidad sólo se halla en Ricardo? ¿No serás digna de. . . .

—Basta, Isabel, apenas tú podrás comprenderme, los demás se burlarían de mi dolor, y en vez de compadecerme me insultarían con crueles sarcasmos. ¿Ves los que están en el baile tan contentos, gozando de la música?. . . . Y yo aquí llorando y entregada á la pena. ¡Horrible contraste! Y si les contaras á ellos, al mismo Ricardo, el motivo de mi llanto, ¿qué harían? ¿Llorarían conmigo? ¿me compadecerían? No, se reirían de mí, y si alguno me mirara con benignidad, daría al momento la vuelta para buscar sus placeres. No me quejo, Isabel, este es el mundo, y. . . . Mas no quiero privarte de tu gusto, vamos al baile, al lugar de tormentos.

—No iremos, querida Angelina, me quedaré á tu lado.

—Jamás lo consentiré; ni lo consentirá tu papá.

—Pues yo te suplico, Angelina, que dejes esas ideas tan tristes y procures buscar tu distracción. Compite el peinado, se te están cayendo estas flores.

—Bien, vamos: al verme en la sala tan llena de adornos, me juzgarán feliz. ¡Qué

error! Quiden estas galas y encontrarán un pecho devorado por la tristeza, un corazón como desierto inmenso.

Las dos jóvenes entraron á la sala á tiempo que Ricardo se sentaba frente al clave, por instancias de Estrada. Sus maneras eran tan agraciadas, sus modales tan finos, y su fisonomía tan expresiva, que se atrajo desde aquel momento las simpatías de todos los concurrentes. Un magnífico registro de escalas cromáticas, ejecutadas con rapidez, puso en silencio á la concurrencia, y Ricardo, lleno de entusiasmo, comenzó á tocar con expresión indefinible la brillante obertura de "Fausta."

Todos escuchaban con gusto aquella pieza. Sólo una persona había que en aquel momento deseaba la muerte. Era Angelina.

¿Hay entre mis lectoras alguna que ignore los efectos de la música? ¿No es cierto que sus armonías muchas veces despedazan el corazón, causando aquellas sensaciones fuertes, poderosas, cuyo influjo es terrible? Un corazón como el de Angelina, no podía soportar por más tiempo la agitación horrible que la ocupaba. Su frente ardía, su sangre circulaba con violencia, sus ojos encendidos, brillantes, tenían una fijeza extraña, un sudor frío corría por su rostro, y su cuerpo se estremecía. La obertura concluyó, todos aplaudían con

furor, y por entre aquella turba pasaron rápidamente Isabel y Angelina. No se dirigieron entonces al tocador porque Angelina deseaba respirar el aire libre y dejar la atmósfera densa y sofocante del salón.

Bajaron al jardín.

Era la media noche, las nubes se habían disipado, y la luna brillaba en la mitad del cielo rodeada de celajes. El jardín estaba en completo silencio; tan sólo se oía el leve ruido de las hojas movidas por una aura sutil. El aroma del "huele de noche," la mosqueta, el recedan y otras flores, embalsamaban aquel fresco ambiente. Las rosas contenían aún gotas del aguacero que había caído, y el verde césped estaba también húmedo. Todo respiraba calma y sosiego.

Las dos jóvenes entraron á un senador cubierto de hiedra y madre-selva, tomaron asiento, y la sensible Angelina comenzó á llorar sin poder articular una sola palabra. En vano intentaba Isabel darle los dulces consuelos de la amistad; la estrechaba contra su seno, ponía su rostro sobre la preciosa cabeza de Angelina, y con una voz debilitada por los sollozos, porque Isabel también lloraba, le decía: Angelina mia, amiga idolatrada, desahoga tu pena conmigo, soy tu hermana, tu confidenta; pero no, no llores, que me partes el corazón con tu llanto.

Mas aquellos consuelos eran inútiles; An-

gelina era mujer, y mujer resuelta, ardiente, con un corazón apasionado y profundamente conmovido; amaba por la primera vez, y con vergüenza, á su pesar, como ella decía; su amor era reprobado por los hombres, y por lo mismo tenía que ocultarlo, que apagar la llama volcánica que la consumía. ¡Horrible situación! Por fin, después de algunos momentos de silencio se incorporó Angelina, miró al rededor, y con calma y serenidad extrañas, dijo:

—¿Quién había de creer que yo faltara al pudor, cuando mi buena madre se jacta de mi modestia? ¡Pobre madre!... ¡y pobre hija! Permaneció un rato en silencio, y después se paró; sus ojos tenían una fijez a espantosa, tendió sus manos hacia adelante, y volviendo al llanto decía, casi gritando:

—Ricardo, yo no puedo dejar de amarte, y sin embargo, tú ni aun sabes mi amor: esto es horrible..... ¡Ah Dios mío!..... tú eres justo y clemente..... tú sabes que mi amor es puro y bien dirigido; tú sabes que he querido borrarlo de mi corazón.... y que he procurado, inútilmente, conservar la dignidad de mi sexo..... pero ya no tengo fuerzas que oponer á este impetuoso torrente..... ya no son bastantes las reflexiones.... de mi débil razón para apagar este amor..... Isabel, Isabel mía.... es preferible la muerte á un estado tan ho-

rrible..... yo no puedo vivir sin.... Ricardo..... sin su amor..... y este amor es imposible.... este amor me mata..... me vuelve loca..... Dios mío.... Dios mío, quitame la vida y no te siga ofendiendo.... Pero no, yo no te ofendo con mi amor..... porque mi conciencia está limpia..... ¡Oh! la música..... la música me habló al corazón..... Qué momentos! Isabel..... quiero correr fuera del mundo, donde haya quien comprenda lo que siento. En esa misma sala..... donde tanto he padecido, no hay más que hombres fríos.... indiferentes, que buscan placeres frívolos y mezquinos... Sus almas son ruines, su amor es necio.... su amor, ¡qué palabra! Isabel.... es mejor morir....

Y Angelina se reclinó sobre Isabel, que no hacía otra cosa que llorar. En vano procuró consolarla con sus dulces caricias. El dolor de Angelina era agudo y profundo, cuanto es agudo y profundo el dolor de una mujer extremadamente sensible. Al cabo de algunos momentos, Isabel y Angelina salían del senador, á tiempo que una nube eclipsó el disco resplandeciente de la luna. Un hombre estaba en pie junto á un árbol, y cuando las dos jóvenes pasaron sin verlo, él puso un billete en la mano de Isabel y desapareció.

Era Ricardo.